

LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

22 DE SETIEMBRE DE 1878.—NÚM. 12.

Ecos de la semana.

De vuelta.—Otoño y Primavera.—Pobres y ricos.—Pobres madres.—Mujeres descontentas y árboles desnudos.—Galanteos y pulmonías.—180.000 duros.—Viva el rumbo!—161.—Puntos suspensivos.—Nombre fatal.—El Quixote y un pito.—Vaya unos hoteles!

Madrid vuelve á Madrid.

Todos los individuos de la buena sociedad madrileña acuden á sus hogares, cual nuevos hijos pródigos; y crece la animación y la alegría por todas partes.

La capital de España se prepara á brillar en todo su esplendor; acérese la estación *comme il faut* para los madrileños.

El Otoño de la naturaleza es la Primavera de los salones.

A medida que renace la hermosura y la vida en la corte, el campo va perdiendo sus galas, las hojas de los árboles amarillean, el verdor de las praderas desaparece y tinte sombrío de tristeza cubre los más bellos paisajes.

La muerte de la naturaleza la celebran los cortesanos con fiestas y espectáculos. Pensando en el Otoño, me acuerdo de los pobres.

Así como miéntras en una parte del mundo amanece, en otra empieza la noche, en la vida social, lo que para unos es luz, para otros es sombra. El Otoño es para los ricos la aurora del placer, y para los pobres la antesala de la muerte. El rico ve llegar con triunfante sonrisa, enemigo del *comfort* de sus lujosas habitaciones, los brillantes festividades del gran mundo. El pobre vagabundo, devorando sus lágrimas en el silencio y la soledad de su desgracia, contempla con dolor la caída de las hojas, sintiendo aproximarse las eternas noches del Invierno con su frío mortal y su oscuridad aterradora.

Las madres pobres lloran pensando en que no tienen un pedacito de tela para cubrir las carnes de sus hijos.

Y entre tanto, las damas aristocráticas piensan en la mejor manera de economizar tela para lucir su belleza en el teatro Real.

También los árboles se desnudan ahora de hojas, para mostrar la fealdad de su tronco.

Desnudarse en Invierno es muy natural, tratándose de árboles. Y no faltan mujeres que por oír un galanteo saben afrontar impertérritas los peligros de una pulmonía.

A 180.000 duros asciende el importe del abono hecho en el teatro Real.

Si se abriera un abono para amortizar la deuda, no se reunirían cuatro pesetas.

Un pueblo donde hay mucha gente que se muere de anemia (vulgo hambre), y donde se gastan cuatro millones de reales próximamente en el abono de un teatro nacional de ópera italiana, merece la triste suerte que está reservada á los pueblos insensatos.

¿Qué dirán nuestros acreedores!!

Cuando una puerta se cierra, ciento se abren.—El refrán castellano se ha visto confirmado una vez más. Se han cerrado las puertas de los jardines del Retiro, y entre tanto, van abriendo las suyas ¡diez y seis teatros!

Esta exuberancia de funciones teatrales es temible.

El arte dramático corre peligro de morir de plétora de teatros y falta de arte.

A causa del temporal se han interrumpido algunas comunicaciones telegráficas.

Las líneas, desde el momento en que se interceptan por diferentes partes, ya no son líneas.

Son puntos suspensivos.

Ha llegado la época de publicación de almanaque para el año próximo.

Un caballero entró el otro día en la librería de Cuesta, con ánimo de comprar dos calendarios, y salió sin ninguno después de haberlos visto todos.

—No le gustan á usted?—le preguntó un amigo que le acompañaba.

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque todos tienen el nombre de mi suegra.

Antes de pensar en que la educación de la mujer se eleve á cierta altura, convenría generalizar los primeros rudimentos de la instrucción, á fin de que el be-

supiera distinguir el castellano de las demás lenguas.

Hace pocas noches asistí á una velada literaria.

Se leía un trozo del *Quijote*.

Una señora de cierta edad estaba cerca de mí.

—Dígame V.,—me preguntó en voz baja,—eso que leen, ¿está en castellano?

La miré; su rostro era delgadito, afinado y lleno de barniz; rodeaban su cuello reluctantes collares; llevaba en la cabeza una enorme rosa artificial, muy abierta y con sus correspondientes hojitas verdes.

Aquella mujer me pareció un lujoso pito de San Isidro.

Al hablar se silbaba á sí misma.

Iba por la Castellana

el bueno de don Andres,

y entrando en un gran palacio,

pidió muy serio un bistek.

Enfurecido el portero

quiso darle un puntapié,

diciendo que aquel palacio

era de un señor marqués.

Y exclamó Andres ofendido:

—¿No es esta casa un hotel?

Hombre, ¡vaya unos hoteles

en que no dan de comer!

El fósforo.

Hace doscientos años, vivía en Hamburgo un comerciante, con toda la holgura y comodidades que han tenido siempre los que manejan su dinero y el de los demás. La fortuna le sonreía, sus ganancias eran cada vez más pingües, y todo parecía ir saliendo á medida de su deseo.

Perocomo la Fortuna es tan caprichosa, llegó un día en que paró su rueda y la hizo girar en sentido contrario; desde entonces los negocios comenzaron á torcerse, á ir de mal en peor, y no pasó mucho tiempo sin que nuestro comerciante se convenciera de que estaba arruinado.

El que una vez ha estado en la opulencia, con dificultad se acostumbra á la miseria, ni aún á la medianía; y nuestro héroe trató inmediatamente de poner fin á aquel angustioso estado. Si hubiera sido un espíritu vulgar, un alma mal templada, tal vez hubiera recurrido al medio ridículo y cobarde de atentar contra su existencia; pero tenía encarnada en su ánimo la idea de que el trabajo vence todas las contrariedades, y decidió trabajar para rehacer su fortuna.

El trabajo continuo y acompasado no le ofrecía medios de conseguir su propósito sino al cabo de muchos años de privaciones y sufrimientos; él necesitaba que su elevación fuese rápida, como había sido su caída, y no habiendo entonces Bolsas como las de ahora, donde aprovechar su audacia y su talento para improvisar un capital, decidió dedicar su actividad á otro género de trabajos que halagaba más su ambición.

Por aquella época andaban todavía los hombres buscando el medio de convertir en oro los demás metales, y el ex-banquero se dedicó al estudio de la alquimia, con la esperanza de descubrir la piedra filosofal.

—Cuando posea el codiciado secreto de hacer oro, se dijo, mi fortuna no tendrá límites. Y se puso á trabajar con toda la asiduidad y constancia de quien lleva semejantes propósitos.

Pasaba los días y las noches haciendo cálculas, ideando mezclas, leyendo á Raimundo, y tratando, en una palabra, de escurrir el camino por donde había de llegar á sorprender á la naturaleza en sus secretos. Era un alquimista completo, y como todos sus colegas, no había fenómeno en que no creyera hallar un indicio, ni sustancia que no pudiera encerrar alguna virtud; así es que no hubo mezcla, por extravagante que fuese, que encerrada en sus crisoles ó retortas no sometiese á la acción del fuego, que solía no darle sino desengaños. Todas sus ilusiones venían á quedar convertidas en humo y cenizas.

Un día, cuando en la oscuridad de su laboratorio trataba de encontrar el codiciado metal, sirviéndose para ello de las prietas, halló como producto de su trabajo un cuerpo que no era el que buscaba, pero que no le dejó menos admirado que si hubiese tropezado con el oro. Aquella sus-

tancia lanzaba torrentes de luz, y hasta entonces no se había visto cosa semejante: todas sus propiedades eran desconocidas, todo en ella era nuevo; pero lo que más sorprendía era el hecho de brillar en la oscuridad.

La noticia cundió rápidamente por todas partes, y lo que el dinero no pudo conseguir, lo consiguió el trabajo: el banquero, el hombre de negocios, hubiera muerto con ellos; el comerciante arruinado, trabajador y alquimista, descubrió un cuerpo que ha venido á ser de primera importancia en la vida moderna, y ha pasado á la posteridad: este cuerpo es el fósforo, y á él irá siempre unido el nombre de Brand, su descubridor.

Brand no lo sospechó nunca, pero había descubierto la piedra filosofal. Murió pobre y buscando siempre el oro, pero le tuvo en la mano y no pudo aprovecharse de él. Dominado por las preocupaciones de su época, no pensaba sino en la obra magna, y no conoció de la manera de alcanzar los metales preciosos no consistía en soñar con la transmutación de los ordinarios, sino en estudiar la transformación de la materia, para obtener con ella productos con que satisfacer las necesidades de la vida. Esto es lo que hace la industria moderna, y si el alquimista tuvo en sus manos la manera de enriquecerse, díganlo las fortunas que hemos visto levantarse con una sola de las aplicaciones de la sustancia que descubrió. La fabricación de cerillas fosfóricas ha elevado á capitalistas una porción de hombres que han dedicado á ella su inteligencia y su actividad.

Cierto que Brand no sospechó siquiera lo que su invento podía ser, y que la cantidad que obtuvo fué tan pequeña, que apenas bastaría para satisfacer la curiosidad de aquellos sabios; pero si en lugar de dar pábulo á sus quiméricos sueños hubiese aprovechado la enseñanza de sus contratiempos, y continuado estudiando aquella sustancia que tanto le impresionó, es indudable que hubiera logrado rehacer su fortuna, no por medios extraordinarios como pretendía, sino por los siempre seguros del trabajo y la asiduidad.

Por mucho tiempo permaneció el fósforo sin salir de la categoría de los cuerpos raros, hasta que Scheele y Gahn, á fines del siglo pasado, descubrieron que existía gran cantidad en los huesos, y dieron el método de obtenerle, que con pocas modificaciones es el mismo que hoy se sigue para proporcionar las grandes cantidades que consume la industria. Uno de los hombres más eminentes que ha tenido nuestro siglo, Berzelius, y algunos otros después, han completado su estudio, hasta el punto de que hoy se conocen perfectamente todas sus propiedades y los diversos estados en que se puede presentar.

La industria fosforera ha llegado entre nosotros á una altura envidiable; pero todavía debe exigirse más. Las cerillas que preparan nuestros fabricantes son de primera calidad, pero el mixto con que se las hace inflamables tiene graves inconvenientes y expone á graves accidentes. Este mixto es una mezcla preparada con arena fina, nitro, cola, minio y fósforo; cuando está formando pasta semifluida se moja en ella la extremidad de las cerillas, que recogen una gota, y luego de seca, queda formando la cabeza. El fósforo entra en muy corta cantidad, pues una caja ordinaria apenas contiene dos decigramos, pero así y todo, se inflama fácilmente y es muy venenoso. Por eso en algunos países está prohibido su empleo, y no sin razón, pues continuamente estamos viendo incendiarse los cajones de los muchachos que los venden; y no es raro que los amantes contrariados, las modistas románticas y otra clase de desesperados pongan fin á sus días valiéndose de lo que sólo debiera servir para hacer la luz y difundir la claridad.

El medio de evitar estos accidentes sería proibir el uso del fósforo ordinario y fabricar las cerillas con una variedad que no se inflama fácilmente y puede tragarse sin que produzca la menor incomodidad; en las circunstancias ordinarias viene á ser un cuerpo inerte, y sólo cuando es necesario produce el fuego. La variedad indicada es el fósforo amorfo.

No es nuevo, y hace ya años que se emplea con el expresado objeto, pero pasa el tiempo y no se generaliza. Sin duda,

las cerillas fabricadas de esta manera no son de un uso tan agradable como las otras; pero bien pudiera perdonarseles en gracia de lo inofensivas que son. Bien pudiera perfeccionarse su fabricación como se ha hecho con las otras, y reunirían las buenas condiciones de ambas. En realidad no tienen fósforo; la cabeza ó mixto es una mezcla de sustancias inflamables que constituye una pequeña bengala, y el fósforo se encuentra en la raspa de la caja, contra la cual precisamente hay que frotarla con rapidez para que arda.

La cerilla no huele como las ordinarias; pero al inflamarse produce gases, cuyo olor recuerda las funciones de pólvora, y éste es, sin duda, el principal motivo de que no haya hecho fortuna. Pero el inconveniente no puede ser insuperable, habiendo tantas sustancias aromáticas que unír á la mezcla, y siendo tan grande el número de las que pueden formarse con los cuerpos conocidos.

No olviden los fabricantes que el tiempo de buscar la piedra filosofal no ha pasado todavía, y que aquel que consigue proporcionar una cosa útil con el menor número de inconvenientes, es el que descubre la manera de convertirlo todo en oro.

BRUNO AMELAY.

Revista de espectáculos.

Actores y espectadores.—Cambio de papeles.—De regreso.—Ofrecer no es dar.—Comedia.—Falta de ensayos.—El piccolo duca.—Variedades.—Función para niños.

Si el notable descenso del termómetro iniciado de pocos días á esta parte no nos demostrase que el Otoño se nos viene encima, apresuradamente nos lo harían comprender las empresas de teatros, que poco á poco van saliendo del letargo en que yacían á causa de los calores estivales.

Casi todos los actores y gran número de los espectadores, que durante el Invierno toman parte, activa los unos y pasiva los otros, en los espectáculos teatrales, al comenzar el Verano, dipérsanse á la desbandada por todos los ámbitos de la Península, trocando con frecuencia los papeles; pues el actor madrileño se convierte en espectador provinciano, asistiendo á las representaciones dramáticas de sus colegas de provincias, durante la expedición veraniega que para descansar de las fatigas de Invierno se propina, al paso que el cortesano espectador cuando viaja suele hacerse émulo de los Maiguez y Romeas, representando á maravilla los siguientes ó análogos papeles:

De baron, con b, quien acaso, si bien se examina, apenas si lo es con c; de rico capitalista, quien sólo posee, y aún eso clandestinamente, un tapeté verde, unos naipes y una ruedecita de la fortuna, vulgo ruleta; de ministro del Supremo de Justicia, el pasante de abogado; de teniente general, el teniente particular que viaja sin uniforme... por modestia; de oficial jefe de administración, el escribiente de Correos; de literato insignie, el autor de una pieza aplaudidísima en la Infantil, y de obispo electo de cualquier parte, el capellan de monjas *at per petuum*.

Todos estos y otros muchos papeles por el estilo se representan por esos mundos de Dios durante el Verano, porque así como se ha dicho, y con razón, que «de músico, poeta y loco, todos tenemos un poco», no con menos motivos puede afirmarse que de cómicos tenemos todos, no ya un poco, sino mucho más de lo necesario; y esa es la razón por que al abandonar cualquier individuo las riberas del enjuto Manzanares, con el deseo de robustecerse bañándose en las saladas aguas de la costa, ó de curarse de alifafes con las minerales del interior, ó simplemente con el de comer uvas en su pueblo, procura cada cual, una vez fuera del círculo de personas que le conocen, parecer en todo y por todo mucho más de lo que es en realidad, hasta que concluye la licencia ó el dinero, vuelve el capellan á sus monjas, el autor á sus piezas infantiles, el escribiente á sus minutas, el teniente á sus guardias, el capitalista á serlo ó no serlo, según vengyan las unas ó rueden las otras, y el baron trasahumante á quedar sólo reducido á varón efectivo, que no es poco, pues quien por el solo cambio de una letra se envanece, bien merecía en castigo á su sandez no poder con razón usar para su persona más que el primero de esos calificativos.

Pues bien, una vez de regreso en Madrid unos y otros despues de sus respectivos viajes, comienzan los coliseos de la corte á abrir sus puertas, no sin haber ántes cada empresa dado al público la lista de las compañías que han de actuar durante el Invierno, y de anunciar considerable número de obras nuevas, y de hacer grandes ofrecimientos, sin duda por aquello de que ofrecer cuesta poco, sobre todo si el que ofrece no lo hace en ánimo de cumplir; pero sea como fuere, no hablemos de eso ahora, lector, no haga el diablo que alguien me crea malintencionado si comienzo á murmurar de cosas de los teatros, apenas empezada la temporada cómica en algunos de ellos.

Por hoy me limitaré solamente á hacer una ligerísima mención de los teatros que hasta la fecha hay abiertos y de las obras en ellos representadas, prometiendo para lo sucesivo tenerte, lector, al tanto de cuantas novedades teatrales ocurran en la temporada que ahora comienza.

Comedia.—El juéves inauguró sus tareas en aquel precioso teatro la compañía que tan discretamente dirige el Sr. Mario, y que ya en años anteriores tantas simpatías ha sabido conquistarse, haciendo del teatro de la Comedia un verdadero centro de la buena sociedad madrileña.

La escuela del matrimonio y A lo hecho pecho, ambas obras del inolvidable Breton de los Herreros, fueron puestas en escena ante una concurrencia numerosísima y verdaderamente distinguida.

La ejecución no fué todo lo buena que fuera de desear, acaso porque las obras estaban poco ensayadas, por cuya razón hubo momentos en que la representación languidecía, porque los actores, en general poco seguros en sus respectivos papeles, vacilaban ó escuchaban con demasiado ahínco al apuntador, á quien, por cierto, se oía á veces desde las butacas de última fila; pero defectos son éstos disculpables si se tiene en cuenta que, obediendo á razones poderosas, hubo la empresa de adelantar algunos días la apertura del teatro, según oímos por los pasillos, y seguros estamos de que tales descuidos ocurrirán pocas veces.

Distinguíronse en el desempeño de las mencionadas obras las señoras Tubau y Valverde, y los señores Mario, Manini y Rubio.

Al circo del Príncipe Alfonso siguen llevando gente las representaciones de la zarzuela de grande aparato *El hijo de la bruja*, cuyas magníficas decoraciones y trajes son dignos de verse.

La compañía italiana que actúa en el bonito salon de la Alhambra ha puesto en escena *Il piccolo duca*, letra de Meilhac y Halevy, música de Lecocq.

Esta opereta ha sido puesta en escena con lujo, y sobre todo, muy bien ensayada, siendo toda ella muy aplaudida, pero especialmente el acto primero, que indudablemente es el que reúne mayor número de bellezas musicales, que fueron calorosamente aplaudidas del público, mereciendo los honores de la repetición un lindísimo minué y un precioso coro de señoras, muy bien ensayado por cierto.

Los actos segundo y tercero son inferiores al primero, pero siempre buenos, y la obra se hizo algun tanto pesada á causa de sus excesivas dimensiones; defecto que parece han evitado, cortando algun tanto el acto segundo, que es indudablemente el más endeble de la opereta.

La interpretación buenísima por parte de todos, distinguiéndose especialmente la señora Frigeric, la señorita Sandoñi y el Sr. Ficarra.

La concurrencia numerosa y escogida.

En Variedades se han estrenado estos días algunas piezas en un acto, entre ellas las tituladas *Las tres palmatorias* y *Un joven simpático*, ambas con regular éxito.

De la compañía que actúa en el popular teatro de la calle de la Magdalena nada diremos, puesto que, siendo la misma de otros años, es bien conocida del público.

En el circo de Price se verificó el juéves por la tarde la función dedicada á los niños de Madrid, siguiendo en esto el señor Parish la costumbre del Sr. Price, quien obsequiaba todos los años á los niños de

las escuelas públicas con una función en su acreditado circo; y por cierto es un espectáculo verdaderamente digno de presenciarse el ver tres ó cuatro mil niños, todos gozosos y alegres, aplaudiendo las gracias del payaso ó admirando sorprendidos los arriesgados ejercicios del gimnasta...

WERTHER.

Las visitas.

Lectora querida, con el deseo de hablarte dos palabras acerca de las visitas, llego al precioso tocador contiguo al gabinete donde entretienes tus oídos tocando un ratito el piano, levanto el portier y lo vuelvo á dejar caer precipitadamente al ver entrar por la puerta de la sala, muy alegres, compuestas y perfumadas, á unas íntimas amigas tuyas, aquellas que como esiste por primera vez el domingo pasado. ¡Qué oportunas son las visitas!

En la duda de si marcharme ó entrar al gabinete, me quedo al patio. Cesa de oírse el piano, se cae la banqueta, ladran dos perritos falderos, se oyen besos sonoros y carcajadas ruidosas.

Al fin se restablece el orden despues de repetidas saluciones, cambios de silla, arreglo de vestidos, guardapelos y sortijillas, miraditas coquetonas al espejo y otros detalles de instalación.

Dejo mi observatorio, me siento delante de tu secretaire, y al eco de vuestra animada conversacion me dispongo á escribir unas cuantas líneas.

Voy á tener el valor de confesaros uno de mis más grandes defectos ó de mis mayores virtudes. Esto es lo que resta que analicemos.

Me preparo á oír improperios por todas partes; pero con la serenidad y firmeza que me caracterizan, os diré: que no me gustan las visitas, que no las puedo sufrir, que las considero perjudiciales y peligrosas hasta cierto punto.

¿Queréis saber lo que son las visitas, vosotras las apasionadas del buen trato social? Oiga usted, doña Angeles, usted que recibe y da té danzantes, y tiene un canastillo lleno de tarjetas de todos tamaños y todos colores, y un libro de relaciones más grande que el libro de la deuda española, oiga usted los dialoguitos que sorprende en varias casas y en varias calles donde se habla de visitar á usted.

—Primero iremos á casa de doña Angeles.

—¿Quién es doña Angeles, mamá? ¿Aquella señora tan fea que me dió la otra tarde en la calle figuritas de dulce?

—¡Yo no voy con este chiquillo á ninguna parte! Ve tú sola, si quieres. Es muy capaz de decir á doña Angeles en su cara que es muy fea.

—Los niños y los viejos siempre dicen la verdad, querido esposo.

—Pero es una imprudencia!

—Pues que sea más bonita.

—¿A que me quedo en casa?

—¡No te tiene á tí con poco cuidado el que la llamen fea á doña Angeles!

—¡Yo quiero ir! ¡Yo quiero ir!

—Lo único que falta es que ahora este niño nos alborote la vecindad.

—Corriente, vámonos; pero como despues tus labios en casa de doña Angeles, en volviendo á casa, te pongo como nuevo.

—No diré nada.

—Si te preguntan (que sí te preguntarán, porque esa mujer es lo más curioso-na que yo conozco) cuántos ves... ¿dos tienes, di que veinte.

—¡Jesus, qué manera de mentir!

—Y si te dice que le des un beso, se lo das enseguida.

—Pues á mí no me gusta dar besos á esa señora.

—Cómo no la beses, te tiro un pellizco que te sacó sangre.

—Cuando te regalen los dulces, no te los comas, te los guardas.

—Y sobre todo, que no le digas fea, porque si no, tu padre va á tener un trastorno.

—Hijas, ¡qué sofocada voy! Mirad la lista á ver quién toca ahora.

—Doña Angeles. —Estaba por dejar esta visita para otro día; no puedo dar un paso, estoy cansadísima, voy sudando á mares. —¡Qué cosas tienes, mamá! ¿No ves que mañana es el concierto, y para que nos inviten... —Tiene razon Consuelo; es necesario asistir á la reunion de mañana, porque Arturo me dijo que no faltaria.

—Que estés muy cariñosa con esa señora; su marido va á estar muy pronto en candelero.

—¡Qué papeles tiene una que hacer en este mundo!

—Dile al cochero que apriete el paso, á ver si terminamos pronto la apuntacion para irnos al Retiro.

—Bien, señora.

—Abre, abre, que me he cogido un encaje con la portezuela.

—¿Y dónde vamos ahora, mamá?

—No sé.

—¿Quién son estas señoras que dice la nota?

—No me acuerdo... unas amigas.

—Como va tanta gente á casa, es un mareo.

—Le diremos al lacayo que deje las tarjetas, estén ó no estén.

—Niña, no le preguntes á esta señora por su marido, porque están separados.

—Bueno, mamá.

—¿Estaremos mucho tiempo en esta casa?

—No haremos más que entrar y salir. Es una de las señoras que más me cargan en Madrid.

—Mi marido tampoco la puede ver. Y apropiado; si no está, dejaremos tarjeta de mi marido.

—Y del mío.

—Y de las primas.

—Sí, sí; lo mejor será llevar al chico de la portera, y que las suba todas.

¿Qué le parece á usted, doña Angeles? Valientes visitas tiene usted; es decir, tiene todo el mundo, porque otro tanto le pasa á cada hija de vecina. Consecuencias que lógicamente se deducen de cada uno de estos diálogos.

Las visitas educan al hombre en la ficcion, le enseñan desde niño á disimular, á fingir, y á manchar sus labios con la mentira, contrayendo hábitos hipócritas de fingimiento miserable.

Las visitas son un elemento de conveniencia mezquina y repugnante.

Las visitas convierten á las personas en instrumentos ciegos de la farsa mundanal.

Las visitas proporcionan á la juventud enseñanzas inmorales con ejemplos prácticos.

Las visitas facilitan poderosamente el que nos engañemos los unos á los otros con más comodidad.

Nada, nada; cada día me declaro más enemigo de las visitas, y eso que soy el hombre más comunicativo y amigo de estar en buenas relaciones con todo el mundo que se conoce. Pero una cosa es querer á una persona, ser su amigo, ir á verla y servirle con el alma y la vida siempre que sea necesario, y otra es hacerle una visita.

Dios me libre de esas confianzas, de esos cariños, de esas amistades que no van más que de visita á una casa.

Un rato de expansion en el seno del hogar, la compañía y el auxilio de afectuosas y sinceras amistades en ciertos y determinados momentos, la diaria comunicacion con las mismas, me recrea, me entusiasma, me consuela; pero hacer una visita, recibir una visita con el insoportable acompañamiento de fórmulas convencionales establecidas por esa cortesía rutinaria (que tiene más de rutinaria que de cortesía), me carga, me aburre, me pone malo.

Abandono mi escondite; corro á mi casa á terminar este artículo, y apenas he tomado posesion de la batata, entra el criado.

—Señorito.

—¿Qué? ¿Alguna visita? No estoy en casa para nadie, ni para mí mismo.

—Son esos amigos de V. que vienen todas las tardes.

—Mis compañeros de la infancia, los que no me han abandonado en el infortunio, ¿dónde están? Que pasen corriendo. Esas son las visitas que á mí me gustan.

JOSÉ SOTILLO.

Revista de Modas.

SUMARIO.—Las fiestas del gran mundo en los palacios campestres y en las playas marítimas.—Trajes de gran lujo para las señoras.—Otros más sencillos para las señoritas.—El bares y la estameña reemplazando á la muselina.—Las medias y los zapatos de última moda.—Los guantes con entredoses de encaje.—Las flores naturales como adorno hasta para de día.—Primeras noticias sobre modas de entretiem-po.—La nueva tela llamada seda corsario.—Los cuellos y los puños.

Grandes reuniones en los palacios campestres. Mientras París se halla invadido por los extranjeros de todas las regiones del mundo, los parisenses del mundo aristocrático, noble ó financiero, se reunen con motivo de las cacerías de la estación, que se hacen con lujo inusitado. Hemos visto una coleccion de trajes para estas fiestas, de la cual vamos á dar una idea á nuestras lectoras. Son vestidos para seguir á la cacería en carruaje.

Un vestido hecho para una señora morena era de faya rubí, de forma princesa por detras y con largas faldetas por delante acompañando el delantal, compuesto de tres grandes ondas cuadradas bordeadas de finos plegados de faya rubí, que daban vuelta á toda la media cola. En el carruaje esta cola, arrollada bajo los piés, deja ver una barredora lisa de doble plegado. Una cascada de lazos de cinta, núm. 3 de doble cara, carne y rubí, se escapaba por el lado de la faldeta é iba á perderse bajo las draperías de la cola, sobre la cual caian largas lazadas. Las mangas medio largas terminaban por una guirnalda de lazos con cabos del mismo color, cayendo sobre los plegados del bajo, que se repetian en torno del cuello.

Este elegante vestido se completaba con los accesorios siguientes, todos de última moda: cinturón de raso carne prendido con un lagarto, y estrechando en sus garras un ramillete de flores; guantes largos carne, bordados de seda rubí, y gran sombrero redondo color de oro antiguo, forrado de rubí y adornado con una sola pluma rubí.

Para las señoritas se hacen con la misma ocasion vestidos más sencillos. En la coleccion á que nos referimos, habia estos dos.

El primero era de lana de fantasía color de magnolia, y se componia de una falda, cuyo paño delantero, cortado muy largo, se replegaba en anchos pliegues planos; el último, formado de una banda de bourrette de seda turquesa, sembrada de granos de trigo. Por detras caia una larga punta formando un ángulo guarnecido con el delantal, sobre la media cola bordeada con un rizado de faya del mismo tono. Sobre el pecho se abre un plegado, y la espalda termina con una larga faldeta ceñida á la falda. Un cuello de seda turquesa abria un poco el vestido, armonizándose con las mangas medio largas y los guantes turquesa con bordados de trigo. Cinturón de raso turquesa con broche, figurando una mariposa esmaltada oro y turquesa. Sombrero bajo de fieltro, color de magnolia, con alas forradas de seda.

El otro vestido es más sencillo todavía. Es de bengalina, color de coral rosa, forma plana, alto y sin adornos. Gran cuello de terciopelo granate cayendo sobre los hombros. Estas oposiciones de dos colores violentos tienen mucha boga. Cinturón y bocanangas del mismo color; sombrero de felpilla blanca con alas muy anchas. Nada más juvenil y más lozano que estos dos últimos trajes.

Por lo que hace á las reuniones nocturnas, esto es, los bailes que se dan en los grandes palacios, lo mismo que en las playas marítimas, diremos que el bares y la estameña de religiosa son las telas á la moda; no son imponentes como la muselina y no tienen los inconvenientes del lavado y planchado. Se adornan con encajes y con profusion de flores naturales.

Repétemos que en el Verano se usan los diamantes. Las joyas rusas de la Exposicion están muy á la moda. Los ramilletes de cuerpo se prenden ordinariamente con un lagarto ó otra joya de pedrerías.

Gran lujo de medias y zapatos. Los zapatos llevan hebillas ó botones de piedras; los lazos son muy pequeños. Las medias son de encaje (Valenciennes, Malinas, etc.), de seda ó de hilo de Escocia bordadas, ó con calados de la mayor finura.

Con los trajes para salir de día, sobre todo si son cortos, se lleva mucha media de color, de seda, de hilo de Escocia y hasta de algodón. Los mitones de encaje son un bonito complemento de traje de verano; pero no se adoptan por todas las señoras. Los guantes de Sajonia y de Suecia son los únicos propios de la estación; para por la noche han de ser blancos.

Se ven algunas de Sajonia color blanco, cuyo largo puño, con ocho ó diez botones, está atravesado tres veces por un entredos de Valenciennes.

La batista lisa de tonos rosado, azul, té, azufre, etc., guarnecida con galones bordados de oro, principia á ser comun.

Las flores naturales se llevan á todas horas; en la calle, con vestidos ordinarios, se ven ramilletes puestos de lado si el cuerpo es un poco abierto, y en donde cierra el cuello si es alto.

Se principia á pensar en los trajes de entretiem-po. Hé aquí un modelo de paño negro gris plateado. Falda guarnecida con un alto volante plegado de la misma tela, sobre el cual está cosida plana, antes de formar los pliegues, una cinta de raso gris acero, de tres dedos de altura. Pequeña casaca Regencia de paño, abierta sobre un largo chaleco de raso gris acero. El borde está guarnecido con una cinta, así como las mangas.

Se usan mucho los grandes cuellos y los puños de guipur sobre una manga de vestido más ó menos adornada. Es fácil cen-

fecionarlos. No hay más que comprar algunos cuellos de guipur, reunir tres ó cuatro de ellos cortando por aquí y acullá, y juntar los trozos con presillas y puntos de feston, de cuyo modo se consigue hacer un cuello fichu, de muy bonita apariencia. Se necesita ademas un cuello para cada puño.

JULIA.

Los diez trabajadores DE LA TIA-MARIZÁPALOS.

Cuento.

Las noches en mi aldea son tristes, sobre todo en el invierno. Despues del trabajo del día, la familia se reune en el hogar; allí, al amor del fuego, pasan las veladas, hilando las mujeres, descansando los hombres de las rudas faenas del campo, y nunca falta en los círculos que se forman una persona que por sus especiales condiciones de edad, saber ó gobierno, adquiere influencia sobre los demas. Lo gran este éxito, principalmente, los que mejor narran esas tradiciones y consejas que constituyen la literatura de las pobres gentes del campo.

Acerquémonos á cualquier grupo. La espaciosa cocina presenta un golpe de vista pintoresco. Todos los circunstantes trabajan: unas hilan, otras hacen calceta, otras preparan la cena; sólo la dueña de la casa, jóven lebradora, llamada Marta, permanece ociosa. La soledad del campo no le agrada; las costumbres del caserío le hacen recordar con frecuencia los placeres de la ciudad donde pasó los primeros años de su vida. Aunque tiene la rucha en la mano, bien provista de lino, el huso permanece quieto. En esto aparece en la puerta del hogar el Tío-Sabio, y su presencia produce sensacion.

Nada tiene de extraño. El Tío-Sabio lo sabe todo, á cada instante endiga un cuento oportuno, pronuncia una sentencia, da una receta, sabe toda clase de canciones, es el hombre más útil del pueblo. Le cuadra el apodo. Al verle, se levantan todos, le saludan cordialmente, le ofrecen el mejor asiento cerca del hogar, y todos á una exclaman: ¡Un cuento! ¡un cuento!

El aldeano comprende que domina la situación, dirige una mirada en torno suyo, se fija en Marta, que permanece ociosa, y dice:

—Puesto que os empeñais, os daré gusto. Ayer os referí cosas de guerra; el relato era para los hombres; hoy os contaré algo que interese á las mujeres y á los niños, una cosa de la Tia-Marizápalos.

Á estas palabras, todos se dispusieron á escuchar al Tío-Sabio, preparándose de antemano para gozar con su relato.

—No creais—prosiguió nuestro hombre—que lo que voy á relataros es un cuento, no; es una historia verdadera que le pasó á mi abuela la señora Antonia, á quien los viejos de la aldea recuerdan todavía; á la buena mujer, que, esté en gloria. Habia sido muy guapa en sus mocedades, y por desgracia, á los diez y ocho ó diez y nueve años perdió á su madre y quedó sola en el mundo con su padre, que era muy viejecito, al frente de una hacienda, con más deudas que terrones. La pobre muchacha, no sabiendo á qué atender, caia en el desaliento y pasaba el tiempo mano sobre mano, buscando el medio de salir del apuro.

Un día que se hallaba sentada delante de la puerta de la casa, comenzó á decir por lo bajo: «¡Dios me perdone! pero la tarea que me ha impuesto no es para una persona: aun cuan fuera más diligente que el sol, más viva que el agua, y más fuerte que el fuego, no podría dar cumplimiento á tantos y tan rudos trabajos. Ya que no hay en el mundo varitas de virtudes, ¿por qué no viene en mi auxilio alguna bruja, la famosa Tia-Marizápalos, por ejemplo? Quizás tendria compasion de mí, y con su ayuda saldria yo de penas; y mi padre de abogós.»

—¡Hágase tu voluntad!—interrumpió una voz.

Antonia se sorprendió al ver en su presencia nada menos que á la Tia-Marizápalos, que habia acudido á su llamamiento. Al pronto tuvo miedo. ¿Quién no se asusta de una bruja! Pero no tardó en serenarse, y con voz temblorosa le preguntó en qué podia servirle.

—Yo soy quien viene á complacerte,—replicó la voz;—he oido tus quejas, conozco tus deseos, y te traigo todos los medios para salir de tus apuros.

—¿De veras?—dijo Antonia experimentando una gran alegría.—¿Viene usted á darme una varita mágica?

—No, hija, no; es mejor el presente que voy á hacerte: te traigo nada menos que diez operarios, que ejecutarán cuanto les manden.

—¿En dónde están?—preguntó la jóven.

—Vas á verlos. (La bruja sacó de debajo de su mano diez enanitos de diversos tamaños. Los dos primeros eran muy cortos de estatura, pero gruesos y robustos. Estos—dijo á la Antonia—son los más vigorosos, te ayudarán en todas las faenas, y te darán en fuerza lo que les falta en destreza. Los otros dos que les siguen son más altos, más diestros, saben ordeñar leche, y te prestarán grandes servicios. Sus hermanos, de mayor estatura, son hábiles, sobre todo para manejar la aguja, como lo prueba el dedal que les he puesto, á guisa de sombrero. Estos otros dos, menos instruidos, que tienen una sortija por cinturón, ayudarán, como los otros dos que les siguen, al trabajo general, llenos de la mejor voluntad.)

Segura estoy de que los diez servidores que te ofrezco no te parecen una gran cosa, pero vas á verlos funcionar, y verás cómo cambias de opinion.

La vieja hizo una señal, y los diez enanitos se pusieron á la obra.

—Mi abuelita los vió—continuó el Tio-Sabio—hacer las faenas más rudas y más delicadas, doblegándose á todas las necesidades de la casa. Maravillada ante aquel espectáculo, lanzó un grito de alegría, y exclamó:

—¡Ay Tia-Marizápalos de mi alma! présteme usted esos diez trabajadores, y no deseo más en el mundo.

—No te lo presto,—contestó ella,—te los regalo; pero como no quiero que por tenerlos á tus órdenes te acusen de brujería, voy á ordenar á cada uno de ellos que se reduzca á su más minima expresion, colocándose sucesivamente en tus diez dedos.

Pronunció unas palabras mágicas, y los diez enanitos se ocultaron en el paraje que la vieja les indicó.

—Ya ves—añadió la Tia-Marizápalos—que te he dado un tesoro. Tu felicidad depende del uso que hagas de ellos. Si no sabes gobernar á tus servidores, si no sabes permanecer en la ociosidad, te serán inútiles; mas, por el contrario, si no los dejas reposar un momento para que no se adormezcan, el inmenso trabajo que pesa sobre tí lo desempeñarán á las mil maravillas.

Dicho esto, desapareció la bruja; y como ésta, para ser bruja, no se portó mal con mi abuela, siguió sus consejos, y no sólo consiguió salir de apuros, sino que pudo ganar un dote.

Se casó; tuvo ocho hijos, y dando á todos una vida desahogada, consiguió su felicidad durante el resto de sus días. Desde entónces es tradicion entre nosotros que se han reproducido los obreros de la Tia-Marizápalos, y tiene diez cada mujer de la aldea que desea, como mi abuela, desempeñar bien los quehaceres de la casa.

Al pronunciar estas últimas palabras, fijó su mirada en Marta. Esta se puso colorada, bajó los ojos y comenzó á trabajar á prisas.

El marido de Marta y el Tio-Sabio cambiaron una mirada de inteligencia. La bella lebradora habia comprendido que el cuento era una leccion. Desde aquel instante, olvidando los sueños que cruzaban por su mente, se prometió emplear los diez obreros, con lo cual su hacienda prosperó, su casa estuvo bien arreglada; y sucedió en su corazón la alegría á la tristeza.

Variedades.

Al capitán Boyton le ha ocurrido una aventura, de que la Gaceta des Euxes da cuenta en los siguientes términos:

«Este pobre capitán Boyton, que ha sido tan bien recibido, tan bien albergado y tan festejado por los atrasados pueblos del curso del Tajo y de Extremadura, entre Toledo y la frontera de Portugal, ha debido pasar el otro día un mal rato entre nosotros, á orillas de un bosque, en pleno país adelantado y culto.»

Una noche, despues de haber recorrido pensosamente un trayecto de muchas horas bajo un sol abrasador, saltó á tierra, y chorreando, sin compañía y sin equipaje, se presentó en la posada del Petit Pierre, de la señora Beljean, y pidió albergo y cama.

—¿Qué es esto?—dijo la posadera.—¿Quién me ha enviado este monstruo? ¿Por qué hemos de recibir estas cosas? No alojamos á esta clase de extranjeros.

Boyton, que habia muy mal en frances, se expresó como pudo; pero fue precisa la intervencion de algunos obreros inteligentes de las inmediaciones para explicar á la hostelera que el capitán era un hombre cálido que daba la vuelta al mundo á nado ensu saco de cauchoune, y la mujer concluyó por ablandarse, consintiendo por dar una cama al viajero.

Al acostarse dijo éste que volveria á arrojarse al agua á las cinco de la mañana siguiente, y que deseaba, antes de partir, un par de huevos pasados por agua y una taza de café puro; pero por la mañana nadie se tomó el trabajo de encender lumbre y prepararle tan modesto alimento. Estaba solo en la casa, y tuvo que contentarse con sorber los huevos crudos y beber un vaso de vino.

Este lugar de salvajismo inhospitalario, en la orilla del bosque de Fontainebleau, está en el puente de Valvain, en plena margen del Sena.

En un informe de J. Laurence Smith se encuentran perfectamente señalados los caracteres que há de presentar el petróleo para que sea bueno, cuyo conocimiento interesa á los que se dedican al comercio de tan importante artículo.

El color del petróleo debe ser blanco ó ligeramente amarillento con reflejos azules, revelando siempre el color amarillo una purificacion imperfecta ó la presencia de un aceite de calidad inferior.

El olor no ha de ser fuerte ni desagradable, y su densidad no debe ser menor de 0,795, ni mayor de 0,84, á la temperatura de 15° centígrados (60° Fahrenheit).

El ácido sulfúrico suministra un medio de probar la buena calidad del petróleo, pues mezclado con él en volúmenes iguales, debe aclarar su color en vez oscurecerle. Empléase para esta prueba un ácido sulfúrico de 1,53 de densidad.

Todo petróleo que no presente tales caracteres y no se inflame en punto conveniente, no es puro ni sin peligro: siendo pocos todos los cuidados que se tomen con él para los usos domésticos.

Table with 2 columns: Country and Production/Consumption. Rows include Italy (350,000,000), Spain (6,600,000), and Other countries (24,000,000).